

LA SOCIOLOGIA TAMBIEN SE APRENDE EN AUTOBUS

MANUEL CAMPO VIDAL

EL pasaje de cualquier autobús de esos que permite cruzar Europa a precio de ocasión tiene casi el valor científico de una muestra sociológica: en mayor o menor proporción según la época del año, es posible encontrar a bordo a trabajadores emigrantes de todas las edades, turistas modestos, estudiantes, jubilados y algún que otro aventurero, contrabandistas de divisas incluidos. Los trabajadores por lo general dominan y convierten así esas líneas que van hacia el norte arrancando de Valencia, Barcelona, Madrid, Milán, Zagreb, Belgrado, Atenas o Estambul en auténticas venas de sangre meridional que desembocan con toda su potencia en las fábricas o en los servicios de Europa.

Para los estudiantes de Humanidades debiera resultar casi obligatorio un mínimo de viajes hasta París, Bruselas o Francfort en cualquier autobús repleto de viajeros económicamente modestos, pero rico, riquísimo, en casos prácticos, en ejemplos vivos de la dureza de la vida que el cansancio del viaje hace asequibles contados siempre en primera persona: el trauma del paso de una sociedad rural a una sociedad industrial o post-industrial en un marco desconocido, a veces inhóspito; la soledad que sufre el primer productor de divisas, individualizado, después de la naranja; el desconcierto de la abuela que regresa de ver a sus hijos emigrantes y se encuentra con unos nietos que le hablan en un idioma extraño, ininteligible; el cansancio de una vida consumida lejos del escenario añorado; la satisfacción de la seguridad que confiere el retiro a unos años vista más alguna propiedad inmobiliaria; las fotografías de los artefactos de consumo adquiridos que ocupan en la cartera los espacios preferentes, aquella parcela transparente que antes estaba reservada a la familia... Relatos, imágenes y constataciones, en definitiva, que ilustran las frías estadísticas de esa descomposición ecológica de la demografía de los países del sur de Europa en favor del desarrollo del norte.

Aunque a primera vista pudiera parecer que todos los viajes son idénticos se trata en realidad de experien-

cias distintas. Sobre un esquema similar, en los autobuses de París, por ejemplo, es más alta la proporción de trabajadores valencianos sobre el resto de españoles como corresponde a la alta concentración y vieja tradición de cesión de mano de obra entre el País Valenciano y Francia; suelen abundar además los viajeros de color, jóvenes por lo general, incluso algunos sin pasaporte, que llevan en su maleta una increíble aventura desde cualquier ex-colonia francesa y un punto de esperanza atemorizada en su huida de la miseria; y es posible encontrar, sin duda, un elevado número de estudiantes que en proporción superior —aunque no casi exclusiva como sucedía diez años atrás— están matriculados en la Sorbona.

En los autobuses que llevan a la República Federal Alemana o a Suiza hay por lo general una proporción abrumadora de andaluces y extremeños y en el cambio de Francfort, que es la auténtica llave de estas líneas para toda la RFA, se produce la invasión de los turcos que llegan extenuados pero todavía con reservas alimenticias exóticas, desde Estambul



y, más allá, quien sabe de dónde.

En relación con el idioma las diferencias son también notables como reflejo de lo que sucede en los países de destino: buena parte de los que residen en Francia chapurrean hasta un nivel inteligible el francés, algunos beneficiados por el apoyo logístico que les han prestado sus conocimientos de catalán; el alemán, sin embargo, salvo excepciones, más que chapurrearse se mastica, como si fuese tabaco. Unos y otros, son en el autobús que les transporta candidatos a un cierto reconocimiento social —el del resto de los viajeros— si son elegidos por la policía de cualquier paso para





servirse de ellos como intérpretes ante cualquier pasajero lego.

Como contrapartida su castellano se ha deteriorado casi siempre en relación directa con el grado de penetración en el segundo idioma. En las bolsas de trabajadores españoles de París se habla una curiosa mezcla de castellano y francés con absoluta normalidad. Así se escucha, por ejemplo, de modo habitual quien dice *«tengo una "chambre" alquilada en este "arrondissement" o "tira eso a la "pu-bela"»*, o *«hay que solidarizarnos con los "copens" de tal o cual fábrica»* obteniendo como respuesta generalizada un *«bien sur»*, *«bien sur»*; y no falta quien al término de la reunión se lleva las manos a la cabeza y exclama: *«necesito una aspirina porque tengo mucho dolor de "teta"»*.

A diferencia de Francia, es posible encontrar trabajadores españoles en Alemania que no logran aprender una palabra, como quien dice, en catorce o quince años; las mujeres por lo general, si no trabajan y reducen su circuito de compras a las tiendas españolas o a los supermercados en los que el único lenguaje imprescindible es un billete, suelen estar en ese grupo. La resignación ante la dificultad del idioma suele ser alta y hay quien aún trabajando como empleada de hogar se niega —quizá por una cierta rebeldía— a hacer progresos idiomáticos. Isabel, una señora de Yunquera (Málaga) que lleva nueve años en la RFA, los dos últimos en una casa particular a horas, es un caso de consciente negativa a aprender el idioma: *«Ellos se ríen de nosotros pero nosotros también nos reímos de ellos. A mí me dice la señora, que es una marquesa, bueno no lo es pero ella se lo cree: "Elisabeth, ¿cómo se llama esto en español?" y me enseña una taza de café o un vaso para luego poder presumir ante*

sus amistades de que sabe español y yo le digo: esto se llama "mi coño", o cualquier barbaridad. Y ella se lo aprende tan satisficha.»

Expertos en prestidigitación aduanera

La pugna, sin embargo, empieza ya en la frontera. Los trabajadores españoles veteranos suelen ser además expertos en prestidigitación aduanera y mantienen su pugna con los funcionarios, principalmente con los alemanes, en un duelo sin cuartel en el que el orgullo y la humillación parecen tener más valor que el objeto no declarado.

Parta de donde parta el autobús, desde la primera parada empieza ya a tejerse entre los viajeros una espesa red de complicidades —pásame este cartón de tabaco, o esta botella de coñac o este salchichón si usted no lleva—, red en la que se intentará doce o catorce horas después enredar a los celosos guardianes que emplearán a veces más de una hora en registrar los autobuses como si los abriesen en canal. Ni siquiera la ayuda de perros que olfatean excitados las maletas a la entrada de la RFA, ni los métodos psicológicos de una revisión inicial rápida y otra posterior por sorpresa cuando se ha bajado la guardia, logran por lo general vencer la picaresca. Los registros pasillo arriba y abajo del aduanero se producen entre la escolta de un silencio sepulcral de colegio antes de salir al patio, y miradas de bondad, distraídas o indiferentes en magistral interpretación. Todo suele terminar después en una explosión de risas de desahogo y burla que duran mientras

el autobús se adentra varios kilómetros en territorio enemigo mientras los viajeros exhiben como trofeos las botellas o los embutidos que han logrado salvar.

El autobús, no obstante, no sólo transporta viajeros y por tanto ilusiones, dramas o angustias; suele emplearse como recadero entre los que están allí y los que quedan aquí. Y en algún caso, entre la carga, llevan también complejos de Edipo empaquetados: como el de aquel trabajador soltero, ya mayor, de un pueblo cercano a Castellón que envía todas las semanas un paquete con su ropa sucia desde París que su madre lava y cose cuidadosamente para devolverse por el mismo correo a los dos días.

Y suele ser también el medio elegido para cruzar la frontera con cierta discrección: durante el franquismo solía ser el camino ideal de los militantes políticos para pasar desapercibidos. Ahora, aunque los aduaneros de todos los pasos suelen cebarse en busca de la botella de coñac de más o del televisor en color al regreso, suele ser también vía para llevar con toda naturalidad un sobre grande colocado como si tal cosa en medio periódico doblado que queda sobre el asiento vacío sin que viajeros ni guardias reparen en él. Pero siempre hay algún trabajador español que advierte la maniobra y aprovechando la confianza establecida en las inacabables horas de autopista con el viajero vecino sopla al oído: *«Ese lleva millones hasta los topes»*. Cierto o no, el caso es que el sobre con periódico o sin, acompaña al indiferente propietario en cada parada, en cada café, en cada entrada en los servicios.

A la hora que el autobús llega a la frontera difícil es muy probable que casi todo el pasaje sepa ya la historia del sobre pero nadie dirá una palabra a pesar de que el portador, si ofrece ya ciertas sospechas por sus continuos viajes o por las constantes compras de propiedades inmobiliarias según aclarará después al oído el viajero traductor, será retenido por minutos y minutos de preguntas y registros. Y con él tendrá que esperar todo el pasaje.

Más tarde al reincorporarse comentará sonriente lo absurdo que resulta que justamente a él le registren, lo que le parece incomprensible y estúpido. Y mientras el autobús arranca para cubrir ya la última etapa recogerá el diario de oro, como si fuese a leerlo, mientras los advertidos viajeros lanza una última mirada al sobre que por su grosor se adivina qué contiene. *«Tengo que trabajar yo y mi mujer toda la vida en Alemania —comentará un hombre de Badajoz— para haberme ganado todo lo que ese tío se trae en el sobre tan campante. Pero es que hay que nacer para eso.»* ■